

Gobierno y Oposición

Peculiar Triunfo del PAN

POR LORENZO MEYER

ESTOY consciente de que estas reflexiones sobre el estado que guardan las relaciones entre el gobierno y su oposición más importante —la de derecha— no tienen nada de original, lo que me mueve a ponerlas en el papel es simplemente su carácter testimonial.

Una de las cosas que llama poderosamente la atención del observador político del México actual, es el gran parecido que hay entre algunas de las personas que ocupan o están a punto de ocupar cargos en el gobierno, y las que están al frente de la principal corriente de oposición. Otra forma de decirlo es que no puede ser mera coincidencia la similitud entre los nuevos panistas y algunos de los altos funcionarios del gobierno federal y ciertos gobernadores priistas que llegaron, o van a llegar, a su cargo en este sexenio en el norte del país.

★

ESTA similitud a la que me refiero tiene varias caras. Para empezar, está el hecho de que provienen del mismo contexto social —la clase— y profesional. En vista de lo anterior y de otras razones, su visión del mundo parece ser muy similar, y esto se refleja en la poca distancia que hay entre los programas de gobierno que constituyen las banderas de ambos partidos. Esto es justamente lo que se conoce como "la panificación del PRI".

En la actualidad, el PRI —es decir el gobierno— y el PAN buscan dar por terminada la herencia populista de la revolución —esa cuya máxima expresión fue el cardenismo y su caricatura final el echeverrismo— y en cambio acelerar la modernización de la economía mexicana. En la práctica, esto significa introducir cambios sustantivos —y dolorosos—

en nuestro capitalismo y en la relación entre el Estado y la sociedad. Tanto el PAN como el gobierno postulan que para llevar al cabo la indispensable reconversión de la economía mexicana —única vía realista de sobrevivir en un mundo muy competitivo e insensible a las necesidades de los países pobres— es forzoso disminuir el tamaño del Estado y de su gasto. Además, es necesario poner límites

a la corrupción oficial, descentralizar la vida política y económica, dar mayor importancia al juego electoral formal, disminuir el papel de los sindicatos y sus centrales —en particular los más grandes, como los de Pemex o la CTM— y alejar la política exterior de la retórica y la práctica de la identificación de México con los intereses de bloques militantes de países subdesarrollados o tercermundistas. Como dije, estos son los proyectos. En la realidad el gobierno ha incurrido en desviaciones importantes —sobre todo en lo que se refiere a dar contenido a la democracia política—; el PAN, en cambio, mantiene su congruencia, simplemente porque no ha tenido la responsabilidad del poder más que en un grado mínimo.

★

SI se examinan las cifras de las votaciones presidenciales recientes, uno se da cuenta que oficialmente el PAN sólo alcanza a recibir, cuando más el voto de una sexta parte del electorado, y este apoyo es una mezcla del respaldo activo al programa del PAN con una mera reacción en contra del PRI y del gobierno.

En otros sistemas una oposición de esta naturaleza no sería vista como un peligro y menos como una amenaza. Pero ese no es el caso del PRI. Como se puede ver por la personalidad y los programas de gobernadores o candidatos priistas en aquellas zonas del norte del país en donde el PAN está fuerte, el partido oficial en vez de acentuar los rasgos que podrían separarlo del PAN —sus rasgos progresistas que, pese a todo existen— decidió mantener su dominio por la vía opuesta: acortando al máximo posible la distancia que lo separa del PAN. Es esto lo que considero un triunfo de la oposición. Para ilustrar lo anterior, los mejores ejemplos —que no los únicos— son Nuevo León y Chihuahua; ahí es difícil saber cuál es la diferencia entre el PRI y el PAN, tanto por lo que se refiere a personas como a programas. La filosofía priista implícita en esta estrategia es la de recordar al elector que más vale malo por conocido que bueno por conocer.

El PAN surgió al final del cardenismo no para tomar el poder, sino para ejercer una influencia —desde su punto de vista, moral y benéfica— sobre el gobierno y la opinión pú-

blica. Por mucho, mucho tiempo, lo que el PAN consiguió frente al poder fue una mera sonrisa de desdén. La crisis llevó a que esto cambiara y ahora parece estar logrando ese viejo objetivo de constituir una influencia indirecta pero decisiva en la acción gubernamental. Hay algo de irónico en el hecho de que esta influencia no se deba al panismo tradicional sino al neopanismo.

Desde cierta perspectiva se puede decir: ¿qué más les da a los empresarios de Nuevo León y Chihuahua que sea Treviño o Baeza quienes finalmente gobiernen la entidad y no Canales Clariond o Barrio? Después de todo, en esencia los cuatro representan los mismos intereses.